

INTROITO: EL PRETEXTO DE LOS TEXTOS

ANTONIO MORENO JIMÉNEZ

Departamento de Geografía. Universidad Autónoma de Madrid, España

antonio.moreno@uam.es

La dinámica evolutiva, pero casi "revolucionaria" por su calado, que la Unión Europea mantiene en las últimas décadas, está avistando hacia un horizonte extraordinariamente sugestivo: la convergencia de los pueblos y los países integrantes hacia un escenario caracterizado por cotas de cohesión e igualdad superiores. Necesariamente la consecución de metas de ese tenor implica profundos cambios estructurales ejecutándose bajo un marco y con un suelo común. Y ello, no sólo en la más visible, por mediática, de las dimensiones, la política, sino en un sinfín de facetas, tan amplias y diversas como la compleja organización que caracteriza a nuestras sociedades. Ello es lo que desde hace décadas impulsa la multiplicidad de políticas, en plural, que los órganos de decisión de la Unión Europea desarrollan en laborioso trenzado.

Ahora, y con fechas de partida y de llegada programadas para la mudanza, le ha tocado el turno a las enseñanzas universitarias. La meta perseguida, en línea con los principios de normalización, calidad y reconocimiento que, en las modernas sociedades, progresivamente se van imponiendo en la producción de servicios (entre los que se incluyen los educativos), ha sido bautizada como **Espacio Europeo de Educación Superior**. Su esencia es fácil de interpretar: a partir de unas bases y principios deseables y compartidos, propiciar una formación de los titulados superiores equiparable, si no equivalente, entre países, de suerte que tenga efectos positivos en otras dimensiones (laboral, científica, económica, etc.); y ello sin desdoro de un margen para las diferencias y singularidades nacionales, regionales o locales. Los países europeos signatarios de los acuerdos de Bolonia (29 en 1999), Praga (33 en 2001) y Berlín (40 en 2003), se enfrentan así a la adaptación de todas las titulaciones universitarias, con un último plazo en el curso 2009-10.

En cumplimiento de tales acuerdos, en España, al igual que en otros países, se ha puesto en marcha, de nuevo en 2003, el tren de la reforma de la educación superior, si bien las diferentes disciplinas científico-técnicas, y las titulaciones en que se proyectan, gozan de flexibilidad temporal para incorporarse al mismo. La particularidad de que la Geografía, entre otras ciencias, haya apostado decididamente por acometer la adaptación desde el primer momento, ha desembocado en

dos manifestaciones tangibles: una de carácter procedimental y otra como logro inicial. Se trata, en primer lugar, del inicio (en 2003) de un proceso colectivo comprometido en construir el nuevo diseño de los estudios universitarios de Geografía, con la participación de todas las entidades e instituciones involucradas (asociaciones geográficas, colegio profesional, universidades, etc.); y, en segundo lugar, de la producción, ya en los primeros meses de 2004, de un amplio informe que, a modo de libro blanco, contiene diagnósticos, análisis comparativos, propuestas, adhesiones institucionales, etc. sobre una titulación rebautizada inicialmente como "Geografía y ordenación del territorio".

Al socaire de tal iniciativa, ante la notoria transformación constatada en el campo de la disciplina geográfica y los desafíos futuros a los que los nuevos esquemas de formación, pendientes aún de cristalizar, buscan abordar, resulta pertinente reflexionar, desde esta atalaya histórica acerca del camino que estamos recorriendo, como impulsores de ese embrionario y borroso conjunto disciplinar, la ciencia y tecnologías de la información geográfica (CTIG), donde por razones distintas confluyen campos varios del saber.

La comunidad universitaria de los geógrafos en España ha comenzado a definir una estrategia académica para los años venideros y en ella se incorporan ya, de pleno derecho, las tecnologías de la información geográfica. La temprana descubierta y los gruesos trazos de una travesía iniciada sin retorno constituyen pretexto suficiente para compartir afanes y meditaciones, como los desgranados en los textos siguientes, en torno a unas cuestiones de sustantiva actualidad que conciernen también a bastantes campos disciplinares. La amplia comunidad de lectores de GeoFocus quedan así invitados a escrutar, en el laboratorio del viejo continente, el decurso y arribada de convergencias e innovaciones que importan a nuestro campo de interés.

¹ Tulla i Pujol, A. (2004, Coor.): *Libro blanco para el diseño del título de grado Geografía y Ordenación del Territorio*. Programa de Convergencia Europea. Agencia Nacional para la Evaluación de la Calidad y la Acreditación. España, 450 p. Disponible gratuitamente en el portal www.age.es

LA GEOGRAFÍA ESPAÑOLA: PUENTES PARA LA CONVERGENCIA

SEVERINO ESCOLANO UTRILLA
Departamento de Geografía y Ordenación del Territorio
Universidad de Zaragoza, España
severino@unizar.es

Hace casi una década un colega llamaba la atención sobre el estado terminal de la geografía española, componiendo un réquiem por la disciplina. Si la prolongada situación de crisis es innegable, no es tan evidente la dirección del desenlace. Las campanas de la convergencia europea tocan a rebato desde Bolonia, y su tañido nos congrega para hacer diagnósticos acertados y recetar remedios oportunos.

La encrucijada en la que hoy se encuentra la geografía, que tal vez sea la misma ante la que ha transitado otras veces, la forman, aparentemente, el rumbo que toman el desarrollo académico de la disciplina y aquél que señala la creciente presencia social de la geografía, como ciencia valiosa para orientar la praxis de determinados asuntos de naturaleza territorial.

El punto de partida común, o al menos compartido por casi todos los geógrafos, admite la necesidad de realizar cambios, incluso de cierta envergadura, en los contenidos y modos de formación de los geógrafos, lo cual puede afectar directamente al desarrollo científico de la geografía y, por supuesto, a sus posibilidades y formas de aplicación. Varían, sin embargo, las propuestas, seguramente en el fondo y en la forma, pero todas contribuyen a enriquecer el debate y las soluciones.

En este contexto se inscriben las sugerencias de este editorial, que defiende el valor de la metodología como puente necesario para relacionar el desarrollo teórico de la disciplina con su aplicación social. Está muy extendida la idea de que el avance de la geografía y su capacidad de aplicación están limitados por la falta de herramientas y de información adecuadas. Hace tres o cuatro lustros esta apreciación era muy pertinente. Hoy, no es tanto la carencia de instrumental y de datos el factor limitante de nuestra capacidad como grupo de científicos para abordar problemas ambientales y territoriales; más bien, las barreras proceden de las suposiciones básicas que mantenemos sobre nuestro objeto de estudio y sobre la articulación de las disciplinas.

Si se acepta la hipótesis enunciada, entonces resultan irrelevantes algunas aporías binarias, reflejo de la oposición dionisiaco-apolínea que subtiende gran parte del pensamiento, científico o de otro tipo: (métodos y enfoques) cualitativos versus cuantitativos, (conocimiento) racional versus intuitivo, (enfoques y técnicas) analíticos versus sintéticos, geografía humana versus geografía física, espacio versus territorio...; estas paradojas han consumido bastante tiempo y energías creativas dentro de la geografía académica y, tal vez, han lastrado su potencial científico para construir teorías capaces de dar cuenta de problemas y fenómenos territoriales. A lo peor, la trayectoria científica descrita por la geografía es una espiral que se repliega sobre sí misma volviendo perpetuamente al punto de partida.

La desconexión entre los ámbitos académico y del desarrollo científico de la geografía, por una parte, y el de la aplicación sobre el terreno, por otra, ha causado daños de cierto calado. Por un lado, es notoria la escasez de teorías, modelos y conceptos y la menguada capacidad explicativa de otros. Por otro, la fascinación por la tecnología y las técnicas, y la presión de lo inmediato en los trabajos aplicados, han producido montañas de escritos banales desde el punto de vista de su contribución al conocimiento geográfico; en el mejor de los casos, algunos se pueden calificar como divertimento, o como práctica para el aprendizaje de tal o cual método o técnica.

Una reforma conveniente, tanto para impulsar el avance científico de la geografía, como para mejorar la imagen y la función social de la geografía, en tanto que disciplina aplicada, consiste en garantizar, por todos los medios, la conexión entre el ámbito académico-científico y el aplicado, así como redefinir la posición de la geografía en relación con las ciencias vecinas. Uno de los puentes naturales para establecer y mantener esas uniones lo constituye la *vía metodológica*. No parece acertado separar el dominio científico del aplicado: no hay herramienta aplicable más útil que una buena teoría, ni campos conceptuales más fecundos que los que la realidad cultiva. Más todavía, la relación teoría-práctica no es de contraposición, sino circular: una remite a la otra en una permanente dinámica generadora, a la vez, de conocimiento científico y de soluciones para problemas. Otras modificaciones atañen a los contenidos, su estructura y enfoques.

A modo de ilustración del argumento presentado, parece oportuno mencionar que la influencia de las nuevas tecnologías para el manejo de la información geográfica, en especial las de los sistemas de información geográfica, ha operado en el sentido que se ha expuesto. En efecto, el desarrollo de la tecnología necesitaba reelaborar conceptos e intuiciones de raigambre geográfica para hacerlos accesibles a los modos y sistemas operativos de los ordenadores. Geógrafos y otros científicos han construido un conjunto coherente y dinámico de conceptos, métodos y técnicas que cimientan tecnologías y disciplinas cuyo objeto de estudio y aplicación es el territorio. Me atrevo a afirmar que los textos sobre "nuevas tecnologías de la información geográfica" contienen modelos y nociones no ambiguas sobre el territorio, más estructurados que los recogidos en los manuales "clásicos" de geografía. Por supuesto, que este acervo presenta carencias manifiestas, en particular las relativas al modelado de los aspectos dinámicos y temporales, pero eso, como diría el inefable tabernero de "Irma la Dulce", es otra historia.

El desarrollo equilibrado de un modelo como el esbozado desencadena efectos, y de fuste no menor, en la relación de la geografía con otras disciplinas afines o cercanas. La geografía no sólo debe tomar prestados conceptos y métodos elaborados por otras disciplinas, sino también cocinar otros propios que puedan ser utilizados y reconocidos por otras ciencias, tal y como ha sabido hacer

en su devenir histórico. Con cierta frecuencia sucede, y no debe entenderse como una autoafirmación gremial, que desde otras ciencias se reinventan conceptos que forman parte de la tradición geográfica y que, maquillados y empaquetados para la ocasión, se reexpiden como género propio. Creo que este "aislamiento" se explica, en parte, por las reticencias, cuando no el rechazo, en el uso de métodos y lenguajes normalizados que se observan, con alguna frecuencia, en la teoría y práctica de la geografía.

Finalmente, los puentes metodológicos amplían también los horizontes espaciales hasta los países de Centro, Norte y Sudamérica. Y su consideración no es tanto por su importancia como mercado, sino por constituir una comunidad capaz de producir conocimiento geográfico relevante, propio y útil para las sociedades que lo han generado.

En consecuencia, desde esta tribuna propugnamos que en los nuevos diseños de planes de estudios se otorgue a los métodos y técnicas una función importante para crear conocimiento geográfico que avance en "espirales virtuosas", que con cada giro nos permitan alejarnos del origen. Se dice que el progreso de una ciencia se mide por la lejanía de su punto de partida; sin duda es cierto si el recorrido ha sido en dirección correcta. En cierto modo, los geógrafos nos disponemos a explorar nuevos territorios, pero no avanzamos a ciegas, pues contamos con pertrechos que nos permiten trazar sus mapas. Sólo debemos tomar la decisión de utilizarlos.

PREMISAS PARA LA PROGRAMACIÓN DOCENTE EN EL MARCO DE LA CONVERGENCIA EUROPEA DESDE LA ÓPTICA DE LA GEOGRAFÍA CUANTITATIVA

JAVIER MARTÍN VIDE

Departamento de Geografía Física y Análisis Geográfico Regional
Universidad de Barcelona, España

jmartinvide@ub.edu

Quizá opinará el lector que mal cuadran en el título de este editorial una denominación ya clásica, con varias décadas a sus espaldas, como es el caso de "Geografía cuantitativa", antaño definidora de un modo de proceder y de unos métodos renovadores, pero hoy vaga y con límites imprecisos, con el futuro que se acerca de la mano de la convergencia acordada en Bolonia. Hay, en efecto, un gran salto en el tiempo, no medible en términos de número de años, sino de espacio recorrido. Han sido profundos los cambios vividos en la Geografía española desde hace década y media, con la consolidación de la licenciatura, la creación del Colegio de Geógrafos y la numerosa participación de los compañeros geógrafos en proyectos de I+D estatales y europeos, y otros con financiación privada. Pero sobre todo, ha sido y es tan intensa la revolución de métodos y técnicas que impregna en la actualidad casi toda aportación geográfica meritoria, que cuesta distinguir lo que es Geografía cuantitativa -si aún vale la expresión- y carece ya de interés dar la lista de sus practicantes. Además, la máquina -el ordenador personal- arrastró definitivamente hacia aquellas vertientes de la Geografía de aristas afiladas, numéricas y automáticas, a quienes dudaban de su interés y de su pureza geográfica. Sus potencialidades para abordar el creciente volumen de información y sus resultados y aplicaciones, así como la satisfacción personal de ir avanzando por senderos aparentemente complejos, han aquilatado procederes metodológicos, técnicas de análisis, tecnologías de la información, etc.

En este tránsito ciertamente la conversión en masa produjo -como suele ocurrir- adhesiones poco meditadas y acólitos gregarios y acrílicos. Ha habido, así, relativamente, una pérdida de fundamentación teórica de las nuevas metodologías, pero, en contrapartida, una extraordinaria difusión y asunción de esos métodos y tecnologías. Convendría cuidar más de los basamentos teóricos, es cierto, pero ello no ha de ocultar la alegría por la difusión imparabla y la aceptación de las nuevas herramientas.

Martín Vide, J. (2004): "Premisas para la programación docente en el marco de la convergencia europea desde la óptica de la geografía cuantitativa", *GeoFocus (Editorial)*, nº 4, p. 6-7. ISSN: 1578-5157

¿Cómo enfocar, entonces, en los nuevos horizontes de la docencia universitaria marcados por la Declaración de Bolonia de 1999, con la creación de un espacio europeo de enseñanza superior, aquellos contenidos que situábamos hace ya años bajo la etiqueta de Geografía cuantitativa, y los nuevos que les siguieron? Pues con la naturalidad que da su amplia difusión actual y su aceptación prácticamente indiscutida. Su presencia bajo el formato de materias y asignaturas, sobre todo troncales y obligatorias, contará con el apoyo de las programaciones equivalentes de otros países europeos, con una alta demanda por parte del alumnado y con unas necesidades intrínsecas con la modernidad de la Geografía y su proyección aplicada. En fin, contará a su favor con el correr de los tiempos, abocados a la inmediatez en el acceso a la información, a los volúmenes astronómicos de datos, a las proyecciones y prognosis, a las respuestas rápidas y precisas ante los problemas concretos, a las realidades virtuales, ... Tanto en la primera fase, de formación general, donde el énfasis se pone en la transmisión de habilidades para la resolución de problemas, como en la segunda, de especialización, orientada hacia la práctica profesional o la investigación, no cabe duda de que resulta imprescindible la inclusión de las asignaturas instrumentales y tecnológicas propias de la Geografía y sus interfaces. Bajo una óptica de inserción laboral plena y acorde con la titulación, los perfiles profesionales han de orientar, en alguna medida, las ofertas docentes, como defiende un alto porcentaje de los geógrafos españoles², lo que lleva de inmediato a asumir como propia toda la panoplia técnica de la Geografía y de las ciencias afines, y a considerar obligada y natural su docencia reglada.

En todo ello, y especialmente por parte de quienes nos situábamos décadas atrás en la nómina de los geógrafos cuantitativos, deberemos cuidar, además de la fundamentación de los nuevos procedimientos, del encuadre de nuestras obras y realizaciones en el marco epistemológico y conceptual de la Geografía. En otras palabras, habrá que perseguir los objetivos y seguir los enfoques acordes con nuestra disciplina, en línea, si se quiere, con la tradición geográfica. Paradójicamente, décadas después de que nuestras contribuciones iniciales discreparan, al menos formalmente, de la tradición geográfica, estamos obligados a su defensa, que también es parte de la defensa de la profesión. El buen hacer geográfico seguirá mirando con especial preferencia y cuidado el territorio, síntesis de nuestros análisis y prospecciones, desde perspectivas dinámicas y evolutivas, donde se enlazan íntimamente los elementos naturales y los factores humanos y económicos, como hicieron modélicamente, aunque con herramientas modestas, los maestros de la Geografía.

² Vid. Martín Vide, J. (2001): "La Geografía española vista por los propios geógrafos (Encuesta a los socios de la AGE, diciembre 2000)", en *Geografía 21*, 17-33, Madrid, Asociación de Geógrafos Españoles.